

El **DRAGÓN DE FUEGO**



EPISODIO 5º



EL DESIERTO DORADO

Cuando las tropas se retiraron a los cuarteles, después de abortado el conato de movimiento insurreccional provocado por los adictos a la secta de «El dragón de fuego» y por el ambicioso general que se había vendido a ellos, solamente quedó como hecho patente del suceso una densa columna de humo que se elevaba por encima de los amarillos o azules tejados de la capital, y el resplandor lívido y cárdeno de los incendios, que en la noche lunar adquirirían reflejos de fuegos de artificio.



Fidel Prado

El desierto dorado

El dragon de fuego - 5

ePub r1.0

Titivillus 24.04.2020

Fidel Prado, 1944

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



SÉPTIMO ANIVERSARIO



epublibre



EL
desierto
DORADO *

Capítulo primero

MIENTRAS ARDÍA PEKÍN...

Cuando las tropas se retiraron a los cuarteles, después de abortado el conato de movimiento insurreccional provocado por los adictos a la secta de «El dragón de fuego» y por el ambicioso general que se había vendido a ellos, solamente quedó como hecho patente del suceso una densa columna de humo que se elevaba por encima de los amarillos o azules tejados de la capital, y el resplandor lívido y cárdeno de los incendios, que en la noche lunar adquirirían reflejos le fuegos de artificio.

Karus, preocupado con el porvenir y temiendo la posible reacción de la secta, dijo al Embajador:

—¿Sabe usted lo que estoy pensando?

—¡Cualquiera lo adivina, con lo pródigo que es usted en ideas!

—Pues aprovechar este momento culminante para emprender la marcha y reanudar nuestras pesquisas.

—Pero ¿de verdad que no ha salido usted escarmentado del peligro que ha corrido?

—No, señor; es cierto que la jornada ha sido espléndida en episodios emocionantes y hasta trágicos, pero ahora opino que gozamos de una gran ventaja para triunfar.

—¿En qué se funda para pensarlo así?

—En que nuestros enemigos tienen que estar desorganizados y despistados. Aun en el caso posible que Wang-Chengg haya logrado escapar con vida del asalto del palacio, tiene que buscar refugio, reorganizar sus huestes, reemprender sus pesquisas, y organizar de nuevo nuestra caza. Cuando quieran lograrlo y buscar una pista, nosotros podemos llevarles, una gran delantera e incluso conseguir llegar mucho antes que ellos al tesoro.

—Le encuentro a usted muy optimista, profesor. De todas formas no quiero aguar sus ilusiones. Dígame como podría intentar y por

mi parte pondré lo que pueda en ayudarles.

—Mi idea es ésta. Creo que podríamos repetir el truco anterior pero esta vez en serio.

—¿Qué truco?

—El del aeroplano. Si ahora, rápidamente, un avión pudiera sacarnos de aquí y conducirnos a

Lan-Chen,

desde allí, según lo que descubramos in el templo donde *Buda meditó sobre el bien y el mal*, podríamos estar en el Tíbet antes de que «El dragón de fuego» sospechase que habíamos llegado a las mesetas tibetanas.

—Por mi parte, si están ustedes dispuestos a partir y correr el nuevo riesgo, no puedo hacer otra cosa que ponerme inmediatamente en campaña para conseguirles el aparato.

—Pero esto tenía que ser a primeras horas de la mañana. Antes de que se sospeche que hemos tenido tiempo de organizar la marcha y, sobre todo, antes de que la secta se prevenga contra ella.

—Bien, voy a llamar a Shanghái.

—¡Un momento! —Interrumpió Karus—. ¿No podía hacerlo a Cantón u

Hong-Kong?

En Shanghái deben estar sobre aviso, mientras que en alguno de esos lugares...

—Sí; puedo intentarlo en Cantón. Allí hay una empresa inglesa aérea y quizá...

Sir Hamilton se levantó, y tomando el teléfono pidió comunicación con Cantón.

Durante media hora estuvo conferenciando con diversas personalidades de la gran capital, y cuando abandonó el aparato, dijo:

Trabajo me ha costado, pero hemos tenido suerte. Esta noche saldrá de allí un aparato pequeño, capaz para dos pasajeros y el piloto, y a las siete en punto, según hemos acordado, aterrizará en el aeródromo de aquí. Puede usted hacer sus preparativos rápidamente.

Karus, muy satisfecho, fue en busca de Regis, a quien dio cuenta de lo acordado. El impetuoso criado se alegró infinito de la noticia y comentó:

—Me parece que esta vez nos vamos a reír mucho de los compadres del sapo incendiado. Por mi parte, estoy dispuesto a bajar a las calderas de Pedro Botero si es preciso, con tal de hacer rabiar un rato a estas ratas amarillas.

—Pues vamos a prepararnos para el viaje. Voy a hacer que nos proporcionen ropas, efectos, armas, etc.

Aunque la hora era avanzada, los empleados de la Embajada se multiplicaron en hacer visitas y procurarse lo encargado y, casi de madrugada, Karus y Regis se encontraban dispuestos para el viaje.

Disfrazados nuevamente de chinos, pero esta vez de chinos vulgares para mejor pasar desapercibidos, con un buen morral de provisiones, revólveres, cuchillos y los preciosos aparatos, que escondían bajo sus petos de malla esperaban que clarease el día para emprender la marcha.

Sir Hamilton nervioso, preguntó:

—¿Puedo hacer algo para ayudarles?

El profesor, tras un rato de meditación, afirmó:

—Creo que sí, *Sir*.

—Dígame el qué y lo haré con mudo gusto.

—Si tuviese usted gente de confianza, me agradecería que se fletase un «sampang» que cruzase el Río Amarillo desde

Chen-Lan

a

Lan-Chen

. Un poco larga es la distancia, pero en caso de peligro o de necesidad, procuraríamos no apartarnos de la orilla del río y encontrarles. Si llevasen ropas, armas y vituallas de repuesto, mejor. Nadie sabe lo que nos puede suceder, sobre todo si salimos airoso y nos vemos obligados a dirigirnos a Lassa.

Sir Hamilton, tras meditarlo dijo:

—Creo poder contar con media docena de personas capaces de perder el tiempo paseando por ese maldito río y prestarles ayuda eficaz. Lo intentaré.

—¿Cómo podremos saberlo, y si no sabemos, cómo podremos reconocer el barco?

Haré pintar el casco de negro con una franja azul, y le pondremos un nombre reconocible, por ejemplo, «El Hanói». Este nombre no será sospechoso.

—¡Magnífico! Ahora, para que nos reconozcamos y no caigamos en algún lazo, una contraseña... ¡Ya está! El que pregunte, dirá: «La tierra es amarilla», y el que conteste dirá: «Y la luna azul».

—¡Muy poético! Quedamos en ello. El profesor y su criado se dejaron caer sobre unos sillones a descabezar el sueño, y media hora antes de la fijada para la llegada del avión fueron despertados. Desayunaron rápidamente, y en el auto del Embajador se dirigieron al aeródromo, en el momento en que el aparato, fiel a lo acordado, aterrizaba majestuosamente.

El embajador mostró su permiso especial para el aterrizaje de aviones a su servicio, y penetró en el campo de aterrizaje, seguido de Karus y Regis.

Sir Hamilton revisó con ojos escrutadores todo el personal, buscando a algún individuo sospechoso que pudiera intentar poner sobre aviso a los jefes de la secta, y para más seguridad acaparó las cabinas telefónicas impidiendo que nadie pudiese acercarse a los receptores.

Los dos aventureros se dirigieron rápidamente al aparato, y acomodadas sus vituallas y sus efectos se introdujeron en la cabina, dispuestos para la partida.

Karus saludó con la mano al embajador, que no se separaba de la cabina del teléfono, y dos chinos, menudos, empujaron el aparato para ayudar a éste a tomar velocidad para el arranque.

El avión rodó lentamente, adquiriendo velocidad, y uno de los chinos se despegó de él, mientras el otro, aferrado a la cola, seguía pegado al avión sin soltarle.

Sir Hamilton tuvo el presentimiento de que algo iba a suceder que no se había previsto, y lanzó un grito para ordenar que el aeroplano se detuviese, pero el ruido del motor ahogó sus palabras, y el aparato empezó a elevarse lentamente.

Entonces, con asombro, observó cómo el menudo chino, aferrado a la cola, se dejaba elevar en el aire, y cómo un simio ágil y ligero gateaba por el aparato, buscando un lugar donde acomodarse sin peligro de caer.

Cuando el personal de aeródromo quiso darse cuenta de la maniobra, ya nada pudo hacer. El aparato elevándose rápido y a gran altura, desapareció en el aire, llevando a los dos aventureros y a aquel ser intrépido y suicida que se había colgado de él como una

araña.

El embajador marchó desesperado a su palacio sin saber qué determinación tomar. Sabía el punto de destino del aparato, pero ignoraba cuáles eran los propósitos del siniestro sectario y qué iba a suceder en el viaje, si Karus y su criado no se daban cuenta del peligro que llevaban a sus espaldas.



Rápidamente tomó las únicas disposiciones que estaban en su mano tomar. Solicitó un avión que hiciese la ruta hasta Lan-Chen desde Shanghái para comprobar si los viajeros llegaban a su

destino, y destacó otro aparato que vigilase la ruta ante la posibilidad de un aterrizaje en el camino o un accidente mortal.

Había dado orden expresa de que se le telegrafiase o telefonease desde cualquier sitio si sucedía alguna desgracia, como igualmente el jefe del avión destacado hasta

Lan-Chen,

tenía orden de telefonar desde allí, dando cuenta del éxito de su gestión.

Se pasaron muchas horas de mortal angustia, sin recibir noticias de ninguno de los dos aparatos, hasta que, mediada la tarde, recibió un telegrama puesto en

Lan-Chen,

que decía:

«Aterrizamos sin novedad. Hemos vigilado la ruta normal sin descubrir nada extraño. Aparato indicado no aterrizó aquí. Esperamos órdenes».

Sir Hamilton telegrafió que esperase hasta el día siguiente y volviesen a telefonar o telegrafiar si llegaban los viajeros, y si no, que regresasen, y esperó noticias del otro avión, el dial, a última hora de la tarde, mando un telegrama afirmando que nada habían descubierto en el viaje de ida y vuelta, pues no habían encontrado rastros del aparato.

Al regreso había hecho escala en algunos lugares viables de aterrizar para pedir detalles del paso de algún aparato. Sólo se había registrado el vuelo de uno, que por los detalles era el que se encontraba ya en

Lan-Chen,

pues las características del avión no se ajustaban al modelo pequeño que llevaba en su seno a los dos aventureros.

Sir Hamilton, desesperado, seguro de que algo grave había sucedido a los viajeros, se decidió a pedir ayuda al Gobierno. Sin poner a nadie en antecedentes del motivo del viaje, explicó lo sucedido y recabó una ayuda oficial para encontrar a los viajeros.

El Gobierno, deseando congratularse con el embajador y agradecido por los servicios que éste le había prestado denunciando la conspiración abortada, destaco aparatos propios, telegrafió a destacamentos y puestos de policía, movilizó «sampangs» a lo largo del río para vigilar la ruta, dio órdenes a su policía para buscar y

localizar a los viajeros pero todo en vano. Nadie había visto el aparato ni restos de él. Parecía como si se lo hubiese tragado la tierra.

Sir Hamilton, desesperanzado, pero sin perder la confianza en el valor y la astucia de sus compatriotas, se resignó a esperar, pero fiel a su acuerdo con Karus, organizó el flete del barco que debía recorrer el río en la ruta marcada, y varios días después el «sampang», tripulado por media docena de hombres fieles y escogidos, partió corriente arriba para hacer el largo recorrido y vigilar por si los desaparecidos aparecían milagrosamente por parte alguna.

Era cuanto podía hacer para ayudarles, y aunque influenciado por un sentimiento de desgracia, no perdía la esperanza de que los dos intrépidos aventureros hubiesen salido con bien del incidente, evadiendo el peligro que pudo suponer para ellos la intromisión en el aparato del fanático chino.

Diez días más tarde, no conforme con las medidas tomadas, hizo despegar otro avión para que recorriese la ruta, no por su itinerario normal, sino buscando un radio de acción más alejado, por si se habían visto obligados a desviarse más al interior o al exterior, y esta vez sus previsiones alcanzaron un fruto trágico.

El aparato observador, internándose en sus vuelos más al Norte, en el desierto de Gobi, descubrió los restos de un avión que, examinados tras un aterrizaje difícil y accidentado, resultaron ser los del pequeño aparato tripulado por Karus y su criado que tan de cabeza llevaban al Embajador.

Pero entre los despojos del aparato no pudieron localizar los restos de los viajeros. Solamente hallaron el cadáver carbonizado del conductor y algunos fragmentos de ropa destrozadas que no les fue posible identificar.

Sir Hamilton, en medio de su preocupación, quedó relativamente tranquilo. Sin saber por qué, sospechaba que el intrépido profesor y su fiel criado habían podido salir airosos del peligro, y que a aquellas horas andarían por algún paraje exótico en busca de una ruta civilizada, y de acuerdo con el Gobierno se establecieron patrullas a lo largo de la Gran Muralla, pero con suerte vana. Se pasaron muchos días y nadie encontró rastros de los viajeros, terminando por descuidar la vigilancia y retirándose poco

a poco de los lugares explorados olvidando así a los intrépidos desaparecidos.

Capítulo segundo

PELIGRO INMINENTE

El avión en el que viajaban nuestros héroes, se elevó seguro y majestuoso en el espacio, donde un sol de oro y fuego refulgía, tiñendo de amarillo el plateado armazón del aparato.

Cuando dejaron abajo el aeródromo y viraron para tomar la ruta prevista, Pekín, como un inmenso hacinamiento de edificaciones de lujo y miseria, se extendía a sus pies, en un paisaje exótico y maravilloso a la par.

Regis, a través de los cristales de las portezuelas, admiraba aquel extraño conglomerado y manifestaba su admiración con frases incisivas y oportunas.

El profesor, que se conocía de memoria la gran capital china, iba enumerando a su criado las maravillas que quedaban a su espalda, a medida que al avión seguía su ruta.

—Mirar —decía— la Gran Muralla, obra colosal de la paciencia china. Es una gran construcción maciza y enorme, que tiene una extensión de 3000 kilómetros por

8 m

de altura y otros ocho de espesor. Se extiende entre China y Mongolia. Fue construida por la dinastía de los Chin, de cuyo nombre se deriva el actual de China, durante el siglo III antes de Jesucristo, para proteger a esta nación de las invasiones de los tártaros; aquélla es la torre de porcelana, una de las más bellas de todo el estado, más allá, aquellas dos construcciones que se destacan entre bellos jardines, son los templos del cielo y de la tierra... ¿Ves el palacio del Emperador, con sus torres del Tambor y de la Gran Campana? Aquéllos son los templos de Confucio y de Buda... Mira, la Chien-Men o gran Puerta y el puente de piedra que atraviesa el Gran Canal... y aquellas otras son las cuatro parroquias católicas de

Nang-Tang
(Sur), Peitajif (Norte),
Ten-Tan
(Este) y
Si-Tang
(Oeste).

Regis no tenía ojos para admirar a un tiempo todas las maravillas que su señor le iba enumerando. Todo aquello desfilaba raudo y veloz ante sus ojos, entre obeliscos puntiagudos, tejados brillantes de porcelana amarilla, azul y encarnado, jardincillos minúsculos y hacinamientos bajos y sombríos, de las casuchas que, como un pordiosero junto a un *dandy*, se pegaba a los palacios y a las magníficas construcciones, como si buscasen su protección.

Lo último que alcanzó a ver, antes de dejar atrás Pekín, fue el templo de los Mil Lamas y las minas de Kang-hi,

especie de fortaleza derruida por la acción de los años, con sus torres, sus cúpulas, sus ídolos y dragones brillando al sol.

Sus ojos, cegados por una borrachera de sol y de colores, se volvían hacia la perdida ciudad, y exclamó:

—¡Parece mentira que estos sapos amarillos hayan sido capaces de construir todas estas bellezas!

—El chino es paciente, sobrio, inteligente y mañoso. Nos detesta por nuestro dinamismo poco en consonancia con su pereza, pero tiene gusto e inventiva, aunque sea un poco bárbara. Ocasión tendrás de admirar otras muchas manifestaciones arquitectónicas de su genio constructivo.

Regis, preocupado por el objeto del viaje, preguntó:

—¿Cree usted que habremos podido burlar esta vez a esos batracios ictéricos?

—Esta vez, casi estoy seguro de que sí. Ha sido un golpe rápido y de sorpresa.

—¿Cuál es su propósito ahora, profesor?

—Seguiremos el curso del Hoang y procuraremos aterrizar en algún sitio próximo a

Lan-Chen,

pero sin que lo hagamos en la ciudad. Si podemos pasar desapercibidos hasta entrar en ella, creo que habremos ganado

mucho. Luego, allí buscaremos el templo budista que existe en las afueras y procuraremos enterarnos dónde meditó Buda sobre el bien y el mal.

—¿Usted cree que ese tipo fue capaz de meditar sobre esas cosas?

—¿Por qué no? Buda fue un gran sabio y un gran filósofo. Su nombre fue el de Sidd hasta Gantama y era hijo del jefe de la tribu de los Cakyas. Fundó la religión nueva contra el formalismo de los brahmanes en el siglo V, antes de Jesucristo, y cuenta con cerca de 500 millones de adeptos de diversas razas.

—Bueno, lo creo porque usted me lo dice, pero la verdad, después de verle esa cara fofa, esos ojos inexpresivos y esa barriga de hombre en plena digestión, me cuesta trabajo creerle un sabio.

Regis discutía con el profesor sus extrañas teorías sobre las creencias chinas, bien ajeno al peligro que estaba cerniendo sobre ellos.

El menudo «wohe», que tan arrojadamente se expusiera a morir estrellado por subir al aparato en condiciones tan desventajosas, apenas el avión remontó el vuelo y se vio libre de una posible agresión a tiros por parte de los que quedaban en el aeródromo, se dedicó a intentar acomodarse lo mejor posible en tan expuesto e incómodo lugar.

Fanático de la secta, estaba decidido a llegar donde llegasen los perros extranjeros, y si no le era posible hacer que el aparato se estrellase, aunque tuviese que sacrificar su vida en el empeño.

Armado de un excelente revólver que escondía bajo la túnica, si se veía descubierto dispararía sobre el depósito de la gasolina y hundiría el avión cayendo trágicamente con sus ocupantes.

Luchando contra el viento, que estuvo a punto de arrancarle de su incomodo lugar muchas veces, logró, aposentarse en una de las aletas de la cola, y allí, aferrado y acurrucado, dejó transcurrir el tiempo, estudiando la forma de cumplir su terrible y vengadora obra.

El peligro que corría era al aterrizar. Si lograba salvar los mil contratiempos de la travesía, sería visto al tomar tierra el aparato, y entonces sus esfuerzos resultarían inútiles, pues le apresarían y quién sabía si se desharían de él para asegurar su silencio.

Al ponderar esta contingencia una idea diabólica germinó en su

cerebro. Si su misión era morir por la causa de la secta, lo haría con todas las ventajas para aquélla. Estrellaría el avión en tierra, y no sólo moriría él, sino que morirían los perros extranjeros y terminarían de causar quebraderos a su Gran Jefe Wang-Chengg. Tomada esta determinación, se aprestó a ponerla en práctica. Avanzaría por el armazón del aparato pegándose a él como una salamandra, y cuando le fuese factible, descargaría todos los tiros de su revólver sobre el depósito de la esencia y sobre el motor, consumando la tragedia prevista.

También pensó en deshacerse de los tripulantes antes de intentar la destrucción del aparato. Si conseguía alcanzar las alas o la parte alta, acaso le sería fácil dominar la cabina y eliminar a tiros a los odiados viajeros.

Pero, cuando se disponía a poner en práctica su plan audaz, un estremecimiento de rabia y de terror se apoderó de él. De súbito, el cielo empezó a oscurecerse tornándose rojizo, y un aire silbante y violento agitó el avión haciéndole estremecer con violencia.

—¡Oh, una tormenta de arena! —murmuró el chino rechinando los dientes. Buda no está de mi parte y me va a impedir cumplir mi sagrada misión.

Tantas veces como intentó incorporarse y avanzar, tantas que hubo de desistir para no verse expuesto a ser arrancado al espacio como una frágil cometa. El viento, de una violencia grande, le azotaba con furor, y el chino se veía obligado a aferrarse a los alientes del aparato con todas las fuerzas de su desesperación, para no caer en el vacío.

Entre tanto, el piloto, al verse envuelto en el trágico torbellino de la tempestad arenosa, se esforzó en salir del círculo de está, virando hacia el Norte. Prefería sortear de cara el tornado a que le cogiese de través y le hiciese dar una vuelta trágica, lanzándole hacia abajo entre sus ondas.

Pronto el profesor se dio cuenta de lo que sucedía, lleno de inquietud advirtió a Regís:

—Mal asunto. Nos ha cogido una tempestad de arena y no sé lo que va a suceder. Conviene que estemos preparados para cualquier contingencia desagradable.

—¿Qué podemos hacer? —Preguntó Regís inquieto—. Yo sé luchar cara a cara con esos renacuajos coletudos, pero no me pida

usted que luche contra la arena y el aire.

—Todo lo que podemos y debemos hacer es colocamos los paracaídas. Si el avión capota o la arena atasca el motor, como es casi seguro, parándole, nos lanzaremos al espacio y sea lo que Dios quiera.

—¿Usted cree que la arena puede meterse en el motor hasta pararlo?

—Como se conoce que has sorteado estas avalanchas metido en el palacio de S. E. y no sabes de la tragedia que encierran. El «lees», o polvo mongólico, es algo tan sutil que se filtra por todas partes. Cuando azota de veras, produce montañas, golpea siniestramente contra las fachadas y los vidrios, abate cuanto halla al paso ayudada por la fuerza del viento. Yo he visto cómo se llevaba un automóvil por una carretera, haciéndole rodar más de quinientos metros hasta destrozarle contra un árbol con la misma facilidad que si arrastrara una paja.

Mientras hablaban, se habían dedicado a la tarea de atarse las correas de los paracaídas, colgando de ellos los sacos de sus provisiones y el par de odres de agua. Si se veían obligados, a caer en sitio deshabitado, el menaje les seria de una utilidad salvadora.

El cielo se había tornado oscuro como si la noche estuviese cayendo, y en medio de aquella penumbra se veía flotar un manto rojizo, como si el cielo fuese una inmensa tapadera de cobre que pretendiese asfixiarlos.

Hasta ellos llegaba el rugido del viento, mientras el motor, forzando su potencia, regía a la par de una forma rara, acusando esfuerzo que hacía en su lucha contra la arena que, lenta e inexorable, se iba filtrando entre su engranaje.

Regis sentía que su estómago pretendía salirse por la boca a cada bandazo del aparato. Éste, como un pájaro herido, saltaba en el vacío trágicamente, y unas veces se inclinaba hacia arriba, otras parecía que iba a hundirse en el abismo y muchas se inclinaba de costado, arrojando a los dos pasajeros uno contra el otro.

—¡Maldita danza —rugía Regis prefiero luchar con Wang-Chengg y dos mil secuaces suyos antes que sufrir este baile del infierno!

Con angustia esperaban el momento fatal de verse obligados a arrojar al vacío. El motor, cada vez más agarrotado, rugía de un

modo pavoroso, y el piloto, heroico y dominador, trataba de mantener el aparato lo mejor posible, ya que intentar un aterrizaje era absurdo, pues ni podía apreciar donde estaba, ni a qué altura, ni le era dado distinguir nada a través de la malla rojiza y compacta que le envolvía como en un sudario sangriento.

Karus, con la mano aferrada al manillar de la portezuela, esperaba con angustia un milagro, pues sólo un milagro podía salvarles.

Regis lo miraba y en un momento de temor preguntó:

—¿Tiene usted idea del sitio donde nos encontramos?

—No lo mismo podemos haber derivado al mar, que estar sobre el desierto Mongolia, aunque más me inclino a creer esto. La tormenta viene del Norte y el aparato le hace cara bravamente.

No se habló más. Cada cual, entregado a sus preocupaciones, esperaba algo que no sabía que podía ser, aunque lo adivinaba.

Entre tanto, el audaz chino, agarrotado sobre la cola del avión, se sentía morir por momentos.

El aire le empujaba inexorablemente fuera de su peligroso sitio, mientras la arena, cruel y flageladora, le azotaba el cuerpo y el rostro, clavándosele en la piel como agudas puntas de puñal y privándole de respiración. Helado por el frío que reinaba a tal altura con el rostro ensangrentado por el azote de la arena, el cuerpo molido de soportar el embate del aire y los ojos ciegos, sumidos en un dolor de infierno, se sintió impotente para soportar más aquel horrible tormento.

Era preferible lanzarse al espacio y morir, pero no lo haría sin intentar arrastrar con él a aquellos odiados extranjeros.

Aferrándose con una mano, extrajo con la otra el revólver y a ciegas, calculó los lugares más vitales del aparato para disparar sobre ellos.

Con furor demente, extendió el brazo y disparó tratando de esparcir los tiros por diversos sitios, con la esperanza de alcanzar algún lugar sensible del avión. Durante varios segundos se mantuvo aferrado a la cola en espera del resultado. Súbitamente notó una brusca sacudida y se sintió ahogado al descender con celeridad maldita.

Lanzando una estridente carcajada que ahogo el ulular del viento y el crujido de la arena, soltó el aparato y se lanzó al vacío,

sumiéndose entre el sudario rojo que le rodeaba...

Karus y su criado, que esperaban con angustia el final de aquella trágica aventura, se incorporaron súbitamente al sentir cerca de ellos un ruido sospechoso.

—¿Ha oído usted, profesor? —Preguntó Regis—. Parece como si se hubiese roto algo.

—Sí, pero no acierto...

Un nuevo ruido se produjo cerca de ellos y el cristal de la cabina, que separaba ésta de la del piloto, saltó en astillas, produciendo un ruido débil de vidrios rotos.

Karus, alarmado, se acercó a la cristalera descubriendo en ella el reborde redondo y astillado de un pequeño orificio.

—¡Por San Jorge! —exclamó—. ¡Esto es el impacto de una bala!

Un frío especial empezó a invadir el aparato y la arena penetró con fuerza en el interior. Regis, al volverse, observó a su espalda un pequeño agujero por el que se podía percibir la entrada de la arena como un filtro.

—¿Nos habrán ametrallado? —preguntó inquieto—. Pero esto no es posible... ¿Quién puede seguirnos en este infierno amarillo?

De pronto, el aparato cabeceó siniestramente, y el profesor, dándose cuenta de que la tragedia estaba encima, gritó al tiempo que trataba de abrir la portezuela:

—¡Pronto, Regis, al espacio, y Dios nos acoja en su seno! ¡El aparato ha entrado en barrena!

En efecto, el avión, alcanzado en el motor por las balas, se hundía velozmente, a pesar de los esfuerzos del piloto para planear y los dos bravos pajeros, sin dudarlo, sabiendo que si alguna esperanza de salvación poseían estaba en arrojarse al vacío antes de que el aparato se estrellase en el suelo, abrieron las portezuelas y heroicamente se arrojaron de él.

Ambos se sintieron descender como un peso muerto, azotados por el viento, cegados por la arena y bailando en el espacio una zarabanda infernal, hasta que una brusca sacudida, que tiró de ellos como si pretendiese ascenderles de nuevo a lo alto, les anunció que los paracaídas acababan de funcionar.



Ahora el descenso era más lento y soportable, pero el viento y la arena les atormentaba horriblemente, y aunque habían dejado cerrado sus ojos, sentían el azote arenoso clavarse en sus rostros, y como el aire cruel y dominador les arrastraba en el vacío sin que se diesen cuenta hacia dónde, ni cuando iba a terminar aquel tormento.

¿Cuánto tiempo estuvieron en el vacío? No pudieron pensarlo nunca. A ellos les pareció una eternidad por el martirio que supuso el descenso.

Por fin, en medio de la semioscuridad reinante, sintieron que sus pies tocaban terreno movible, indicador de que habían llegado a tierra felizmente, pero el aterrizaje fue más mortal.

El paracaídas, arrastrado por el viento, huía de la tierra tirando de sus cuerpos maltrechos, hundiéndoles entre montañas de arena, refregándoles contra ellas de una manera brutal, sin que sus esfuerzos para atraer la tela y librarse de ella sirviesen para nada, y así, dando tumbos, mareados, sangrantes, sintiéndose morir a cada momento, terminaron por perder el sentido y sumirse en la inconsciencia del instante que vivían.

Capítulo tercero

DE UN PELIGRO A OTRO MAYOR

Regis volvió a la vida en la más completa obscuridad.

Una sensación física terrible quebrantaba sus poderosos huesos. Era algo parecido al dolor que produce una enorme paliza, con la que todo organismo quedara flácido y molido, sin un átomo de fuerza para moverse.

Su cuerpo, tendido sobre una masa dura pero movediza, aparecía medio enterrado, los ojos le escocían como si le hubiesen restregado con ortigas, y una sed devoradora abrasaba sus fauces.

Vacío de ideas, no acertaba a recapacitar sobre su situación, y le fue necesario un gran esfuerzo de memoria y un buen rato de tiempo para ir recordando poco a poco todas las trágicas incidencias que habían precedido a aquel estado de aplanamiento que le dominaba.

Por fin su cerebro empezó a funcionar con cierta normalidad, y fue reconstruyendo toda su odisea hasta el momento en que se vio arrastrado por el paracaídas en medio de la horrible tempestad de arena.

Ahora, al recordar con precisión, había algo que le dominaba sobre sus propios dolores, y era pensar qué había sido del profesor, dónde estaría y qué suerte habría corrido.

Inquieto trató de incorporarse, pero algo como si le hubiesen atado a un poste metálico le impidió moverse.

Reuniendo todas sus fuerzas intentó desligarse de aquel peso tirante, y la sensación que recibió sobre los hombros le hizo recordar que estaba sujeto al paracaídas y era éste el que le impedía todo movimiento.

Penosamente logró verse libre de las correas recobrando en parte su libertad de movimientos.

A costa de una gran violencia consiguió incorporarse, tendiendo

la vista en derredor, pero nada pudo descubrir. La noche, oscura y velada por densos nubarrones, le cerraba el panorama.

Sólo acertó a darse cuenta de que estaba sobre un lecho arenoso, que se hundía al más leve esfuerzo, y recordando la terrible tempestad de arena se dijo que sólo por un milagro había conseguido librarse de morir enterrado entre ella.

Acuciado por la sed logró captar una de las cantimploras. El agua medio se había evaporado, pero aún quedaba en ella lo suficiente para aplacar su sed.

Un poco más calmado se preguntó qué podría hacer para buscar al profesor y prestarle auxilio, pero pronto se replicó a sí mismo que nada, pues la obscuridad le impedía guiarse por parte alguna.

Lo único que le cabía era esperar la luz del día para darse cuenta exacta de su situación y poder explorar el terreno donde se encontraba.

El viento se había calmado y un calor pegajoso se adhería al cuerpo, pero con ello se evitaba correr el peligro de morir enterrado en aquella masa moviente, que le parecía mil veces peor que el oleaje del embravecido mar.

Resignándose a esperar se arrastró por tierra, procurando no hacer grandes esfuerzos para no hundirse, hasta que alcanzó la tela del paracaídas. Éste estaba lleno de arena, por eso le había parecido tan pesado, pero podía servirse de ella a modo de lecho, aunque éste se mostrase un tanto duro por la clase de lana que almacenaba. Tumbado en su improvisada hamaca, con los huesos doloridos y la angustia en el alma, se dio a pensar en el profesor. ¿Habría tenido éste su misma suerte dentro de la desgracia y yacería molido pero vivo cerca de él?

Regis pedía a Dios que amaneciera pronto para dedicarse a la búsqueda de Karus, aunque tuviese que correr a pie todo el repelente desierto de Gobi.

Por fin, tras una angustiosa espera de algunas horas, una claridad amarilla fue difundiéndose por el cielo, cubierto de unos nubarrones grises, que poco a poco se iban alejando hasta el interior, y, a la incierta luz de la mañana pudo empezar a darse cuenta del horrible lugar en que se encontraba.

Como si hubiese naufragado en un extraño Océano, iba descubriendo a medida que la luz aumentaba, un mar estático de

olas muertas, que se percibía hasta donde alcanzaba la vista. Montículos y montículos de arena, sucediéndose desesperadamente, se dilataban por todos lados, y cuando soplaba un poco de aire nubes de finísimo polvo flotaban en el espacio, aferrándose a la garganta del fiel criado y escociéndole los ojos terriblemente.

Fatigosamente se incorporó y probó a andar. Al principio le costó gran trabajo. Le dolían todas las articulaciones y parecía que le serraban los huesos al moverlos, pero poco a poco entró en calor y consiguió desplazarse con más facilidad.

Desorientado no sabía hacia dónde dirigirse en busca del profesor, pues lo mismo podía haber caído más adelante que él, que haber ido a parar algunas millas a su espalda.

Sin ningún punto de mira para orientarse, decidió tomar la tela del paracaídas como semáforo para girar en torno a ella sin extraviarse. No abarcaría un radio de acción muy extenso, pero quizá le sirviese para alcanzar su objeto.

Se cargó el morral de las provisiones a la espalda, se aseguró de que el revólver se encontraba en su bolsillo y, examinando con inquietud los odres de agua que acumulaban una mínima cantidad, emprendió la búsqueda.

Durante varias horas recorrió una extensa zona sin hallar vestigios del profesor, y una angustia infinita se apoderó de él al ponderar que su amado jefe había desaparecido y que le sería imposible encontrarlo o localizar sus restos si había tenido la desgracia de sucumbir.

Tampoco encontró vestigios del aeroplano y todo le hizo suponer que el accidente le había arrastrado muchas millas más allá del lugar de la catástrofe.

Decidido a intentar algo, se orientó por el sol que aún ardía como una enorme rosa amarilla, y buscó el Sur. Si como suponía se encontraba en el desierto de Gobi, caminando hacia el sur se aproximaría al interior de China, hasta alcanzar por algún punto la Gran Muralla.

Durante varias horas caminó ásperamente por aquel suelo repulsivo, en el que se hundía a cada paso entorpeciendo su marcha y retrasándola, hasta que al avanzar la tarde se sintió agotado y se dejó caer en tierra vencido por el desaliento.

Llevaba más de una hora caído en la arena, barajando

febrilmente planes de salvación a cuál más descabellado cuando, súbitamente, se irguió escuchando con profunda atención. Le había parecido captar un ruido lejano de voces, y la más loca de las esperanzas anidó en su pecho.

Cuando los irritados ojos clavados en la ondulada llanura, oteó el paisaje, buscando la procedencia de los gritos que ahora captaba más claramente, y hasta se aventuró a caminar para salir a su encuentro, hasta que, pasado un buen rato, una enorme nube de polvo, que se iba acercando gradualmente a él, le anunció que alguien avanzaba en aquella dirección.

Receloso aguardó a que estuviesen más cerca para darse cuenta de la clase de gente que se acercaba. Por el polvo que flotaba debía ser alguna caravana de las que partían de Pekín hacia el lago Baikal, pasando por Ursa, la capital de la Mongolia, o las que, procedentes del Turquestán, regresan de vender objetos de jade, mineral que se recoge y trabaja con preferencia en la región.

También podía ser alguna partida de bandidos mogoles de los que atisban el paso de las caravanas para expoliarlas en cuanto tienen ocasión, y Regis, puesto en guardia, esperó a que se mostrasen a tiro para hacerse una ídem de la clase de gente con que debía habérselas. Inquietamente se miró el ropaje. Más que vestiduras solo conservaba harapos sobre su cuerpo, pues el arrastre que había sufrido por la arena le había rasgado despiadadamente toda la ropa.

Por fin pudo distinguir una masa de camellos que avanzaban lentamente. Debían componer la reata más de cuarenta, y, sobre ellos, caminaban unos tipos feísimos, de negras y enrevesadas barbas, cubiertos con una especie de turbantes y unas largas capas con las que se cubrían el rostro para preservarlo de las tolvaneras.

Redis supuso que serían peregrinos o traficantes, y avanzó a su encuentro. Acaso le ayudasen a localizar al profesor y le indicasen el camino más seguro para llegar a lugares civilizados.

La vanguardia de la caravana le había descubierto, porque observó gestos expresivos de los guías y gritos estridentes que se corrían a lo largo de la lila.

—¿Quiénes serán estos tipos barbudos? —se preguntó Regis—. Sería curioso que hubiese salido de un peligro para entrar en otro.

Con la mano metida en el rasgado bolsillo para empuñar el

revólver, siguió avanzando. Cada vez le gustaba menos aquella gente, pero no tenía otra alternativa que hacerla cara.

Por fin la caravana llegó hasta él, y un tipo alto, recio, de poblada barba, que sólo dejaba al descubierto los ojos oblicuos y malignos, se adelantó gritando:

—¡Insi!...

—¡Insi! —replicó Regis, correspondiendo al seco saludo.

El jefe obligó al camello a doblar las patas para descender de él, operación que realizaron una docena de tipos duros y hercúleos, lentamente avanzaron hacia el intrépido Regis.

Súbitamente, de uno de los camellos más a retaguardia, salió una voz débil, que en inglés advirtió:

—¡Cuidado, Regis, huye: son bandidos que te apresarán como a mí!

Regis quedó paralizado por la sorpresa al reconocer la voz de su jefe. Una alegría inmensa le invadió al saber que su querido jefe se encontraba vivo.

Pero, reaccionando bruscamente al darse cuenta del peligro que corría, en lugar de aceptar el consejo se decidió a hacer cara a los bandidos. Él no era capaz de escapar vergonzosamente sabiendo al profesor en manos de aquella cuadrilla de bandidos de rostros feroces y patibularios.

Sacó la mano del bolsillo armada del revólver, y encarándose con el que parecía el jefe, gritó en chino:

—Cuidado, oso de la selva. Al primero que avance dos pasos más le meto una bala en el cráneo, a ver qué clase de arena tiene dentro.

Los bandidos, sorprendidos ante el ataque que no esperaban, se detuvieron mirándose interrogativamente, aunque eran muchos, la sorpresa de encontrarse con un hombre armado de revólver les detuvo prudentemente.

Pero el jefe, después de una breve vacilación, lanzó un grito estridente, más de tres docenas de tipos feroces se arrojaron de los camellos, corriendo hacia Regis armados de cuchillos y alfanjes, sin preocuparse del terrible revólver que esgrimía.

Regis, dándose cuenta de la desigualdad de la lucha, gritó furioso:

—¿Cómo? ¿Os atrevéis, ratas asquerosas, a atacarme? ¡Pues,

tomad!

El más audaz rodó sobre la arena con el pecho atravesado de un balazo, y el que le seguía corrió la misma suerte, pero nadie se detuvo a auxiliar a los caídos ni demostró temor ante el arma mortífera. Como lobos se lanzaron sobre él, dispuestos a apresarle a costa delo que fuese. Regis saltaba de un lado para otro, tratando de evitar el cerco, al tiempo que disparaba el revólver, pero veía con desesperación que las balas se le terminaban y que no le darían tiempo a cargar el arma de nuevo.

Ya había abatido a cuatro más, o al menos gravemente heridos, cuando el resto de la cuadrilla se echó sobre él imposibilitándole de manejar el arma. Entonces, usando de ella como maza, empezó a golpear cráneos y rostros, al tiempo que sus poderosos pies se agitaban ágiles repeliendo a los atacantes con sendas patadas que les obligaban a bramar de dolor.

Regis, con su eterna locuacidad, ponía un comentario a cada acto de bravura que llevaba a cabo.

—Toma, chivo loco, esa patada en el vientre para que puedas digerir mejor la arena que has tragado... Eso para ti, cara de oso con sarampión. Para ti ese directo a la mandíbula para que no necesites ir al dentista en tu vida, y para, ti, sapo sarnoso, caricia en la nariz.

Regis se extrañaba de que ya no le hubiesen acribillado a cuchilladas pero, al parecer, la orden que habían recibido era la de capturarlo vivo y por ello sólo se preocupaban de esquivar sus terribles golpes y poder caer sobre él en masa, para reducirle a la impotencia.

La desigual lucha tenía que terminar trágicamente para el bravo criado. Cerrado el cerco, sus golpes eran menos terribles y espectaculares y por fin se vio dentro de un abrazo de hierro que le redujo a la impotencia.

Manos sabias le pasaron una cuerda alrededor del cuerpo dejándole, convertido en un fardo.

Cuando ya resultó inofensivo, el jefe se acercó a él y señalándole con su agudo puñal gritó:

—¡Perro sarnoso, hijo de un tiburón! Me has privado de cuatro de mis mejores hombres y ni con tu asqueroso pellejo me pagarás está perdida. Te sacaré del cuerpo el valor de ellos y te haré

emplumar vivo.

Regis le iba a contestar alguna de sus frases hirientes, pero leyendo en los terribles ojos del mogol el furor que le embargaba se abstuvo por temor a complicar la situación.

El jefe dio orden de atravesarlo sobre un camello, y la caravana emprendió la marcha con dirección Oeste.

Regis trataba de descubrir al profesor sin conseguirlo, le habían colocado muy lejos de él y no había forma de poderse comunicar.

Ahora se preguntaba quiénes serían aquellos tipos salvajes y hacia donde se dirigirían y, más aún, que pretenderían hacer con él cuando habían expuesto tanto para cogerlo con vida.

Entre el sol, que abrasaba como una hoguera, la postura incómoda en que le habían colocado sobre el camello, cuyos huesos se le clavaban al andar y las ligaduras que se incrustaban en sus carnes, Regis sufría una sorda irritación y juraba por lo bajo, en cuanto tuviese ocasión de ello se vengaría de aquel terrible mogol que le había resultado más antipático aún que el trágico Wang-Cheng.

La caravana, segura de su ruta, caminaba guiándose por la marcha del sol, y así, al anochecer, después de una jornada agotadora, se detuvo en pleno arenal para pasar la noche.

Un mogol le ofreció una escudilla de arroz nauseabundo, que Regis no pudo trasegar a pesar del apetito que sentía, y después de darle una pequeña cantidad de agua, que apenas si sirvió para humedecer sus labios, volvieron a atarle, dejándole sobre la candente arena con un par de vigilantes a su cuidado.

Tras una noche horrible, en la que apenas logró conciliar el sueño, al amanecer reemprendieron la marcha, y cuando la tarde declinaba el paisaje empezó a cambiar. Montículos pelados que se iban agrandando a medida que avanzaban, sucedían al desierto dorado y al poco, cadenas de ásperas y repelentes montañas se mostraron a su vista.

El jefe guió la caravana por entre unas cortadas amarillas, huérfanas de toda vegetación, y pronto el camino se hizo rudo y más molesto.

Ya avanzada la noche se detuvieron a la entrada de un angosto desfiladero, del que surgió la siniestra figura de un gigantesco chino con un reluciente alfanje en la mano.

El jefe cuchicheó con él unas palabras y el gigante se apartó a un lado para dejar paso a la caravana.

Cuando Regis penetró por la estrecha fisura para desembocar poco después en una especie de enorme glorieta, cercadas por cortadas y montañas, un espectáculo fantástico se ofreció a sus ojos, uno de estos espectáculos que no es dable ver a menudo.

Tumbados entre los desniveles, infinidad de chinos desastrados, famélicos, mal cubiertas sus amarillas carnes por restos de vestiduras de lo más antagónico que imaginarse podía, descansaban rendidos, insensible a la dureza del suelo, mientras por todas partes surgían bloques de todos los tamaños, de una piedra de aspecto jabonoso blanquecina y verde brillante, mostrando en su superficie algunas vetas moradas o rojizas, que refulgían a la clara luz de la luna.

Algunas herramientas mohosas, hacinadas, junto a los peñascos, y cajas desvencijadas, completaban el cuadro.

Un mogol alto y seco, de largos y lacios bigotes, salió al encuentro del jefe de la caravana, preguntando:

—¿Sin novedad, Cheng?

—Alguna hay, Huang. Te traigo dos nuevos valores que he recogido en el desierto. Mañana averiguaremos quiénes son esos tipos. Los encontré medio ahogados por la arena y uno de ellos estaba sujeto a una tela muy rara que ataba a su cuerpo. Me huele a espías del interior.

—Bien, déjales por ahí y ven conmigo; tenemos que hablar. ¿Cómo se dio el negocio?



—Bien. El mercado marcha de modo excelente.

Regis se sintió cogido por dos robustos chinos que le libraron de las ataduras con gran satisfacción suya, pues ya sentía las cuerdas clavadas en sus carnes.

Uno de los guardianes le señaló el perímetro que cerraban las montañas y advirtió:

—Perro sarnoso, busca un lugar donde dormir y aprovecha el sueño que te aguardan jomadas duras. Y si crees que podrás fugarte de aquí desecha la idea. De aquí no se sale más que para ir al Paraíso de Buda; conque ya lo sabes.

Regis se estremeció al oír la advertencia, y sin rechistar buscó con la vista el lugar donde el profesor había sido depositado, para elegir acomodo junto a él. Quería aprovechar la noche para cambiar impresiones con su señor, saber cuál había sido la odisea de éste y estudiar la situación con vistas a un intento de fuga, a pesar de las terribles advertencias de su guardián.

Capítulo cuarto

EL INFIERNO VERDE

Regis maniobraba solapadamente para acercarse al profesor.

Eligió un lugar próximo al sitio que había descubierto a éste, flácido y caído, y tumbado en tierra, como si no le concerniere para nada la presencia del otro prisionero, fingió quedarse dormido.

Pero, poco a poco, arrastrándose como un reptil, fue mudando de lugar, hasta alcanzar una leve depresión donde Karus reposaba.

El profesor, pese a su inmovilidad, no estaba dormido. Sabía que su fiel criado haría todo lo imaginable para ponerse en comunicación con él y permanecía rígido, pero con todos sus nervios en tensión, esperando que éste lograra acercarse a su lado.

Por fin, una sombra que se arrastraba silenciosamente le advirtió de su proximidad, y sonriendo en medio de sus preocupaciones se dijo que jamás encontraría en el mundo un hombre tan fiel, tan valiente y leal como Regis. Éste buscó una postura en la que su cabeza se encontrara próxima a la del profesor, aunque con el cuerpo tendido en sentido contrario, y cuando se convenció de que no había nadie cerca que pudiera escuchar, murmuró:

—¡Oh señor, cuánto siento no haber podido librarle de estos gusanos con barbas! Yo hice lo que pude, pero eran demasiados para mí solo.

—¡Basta, Regis! —murmuró el profesor. No te lamente de lo que no tienes culpa. Hiciste demasiado y de nada tienes que reprocharte. Yo lancé el grito por si te daba tiempo a escapar.

—¿Dónde diablos quería usted que escapase en este maldito país, donde sólo se debe comer arena? No había dónde hacerlo, ni yo podía dejarle a usted en manos del Barbas.

—En fin —afirmó el profesor—, lo principal es que nos hemos salvado y estamos otra vez juntos.

—Es un consuelo, pero... bien sabe Dios que no creía verle más.

—Ni yo a ti. He pasado unas horas terribles. La tormenta me arrastró muy lejos y me dejó destrozado. Estos beduinos me encontraron privado de conocimiento hace día y medio, y después de registrarme y quitarme cuanto llevaba, me ataron al camello y me atravesaron en él. No sé qué pretenderán de mí.

—Ni yo... Yo también pasé lo mío entre ese maldito mar de arena.

—¿Qué idea tiene usted del lugar donde nos han traído?

—Ninguna. Sospecho que estamos en la Ruta de Kalgán, al Este de la frontera del Manchukuo, pero es sólo una suposición.

—Ya es algo. Lo que no me explico es este lugar tan sombrío; parece una mina encerrada entre montañas.

—Eso me ha parecido a mí, pero ahora, de noche, es difícil hacerse una composición de lugar. Mañana, con el sol, podemos fijar nuestras impresiones.

Regis, que se había quedado pensativo, replicó:

—¿A qué cree usted que se debe el accidente del aparato? Éste marchaba bien a pesar de la tormenta, pero aquellos impactos...

—Sí, me he devanado mucho los sesos pensando en el asunto y no me lo he podido explicar. El sitio y la situación no eran a propósito para recibarnos con ametralladoras...

—No podía ser —rectificó Regis—, los dos impactos entraron desde la parte trasera del avión.

—¿Viajaría alguien de polizón en él? —insinuó Karus.

—¡Oh, pues claro! —afirmó el fiel auxiliar—. ¡Eso debió ser! Algún maldito chino que se embarcaría a última hora para seguirnos.

—Pues, si fue así, mal viaje ha echado. Ése no pudo librarse con paracaídas.

—Una rata sarnosa menos, pero... esto no quita para que nos haya hecho migas el viaje...

Karus, que conservaba una esperanza lejana, insinuó:

—Acaso *Sir* Hamilton pueda hacer algo por nosotros. Cuando se entere de que el avión ha desaparecido, destacará algún otro en nuestra busca y hará gestiones para encontrarnos.

—Lo malo es que me parece que ésta no era nuestra ruta.

—No, claro que no... Eso es lo triste. En fin, confiemos en nosotros mismos.

—Eso es lo que hay que hacer. Daremos la sensación de no conocernos y trabajaremos para fugarnos de aquí. ¿Le han quitado a usted todo?

—Menos la malla con lo que llevo adentro todo.

—A mí lo mismo, pero en ella hay limas, un puñal y algunas cosas que pueden ser útiles. Hay que conservarlas.

Aún pasaron media hora cambiando impresiones, hasta que al observar que alguien se acercaba haciendo una ronda, se separaron cautelosamente, entregándose al descanso. Se encontraban sumidos en el más profundo sueño a pesar de lo incómodo del lugar, cuando despertaron sobresaltados al oír gritos de angustia y de dolor, voces imperativas de mando y ver correr cerca de ellos chinos desastrados que aullaban como locos, huyendo alocadamente.

Regis se incorporó sobresaltado, descubriendo a dos terribles mogoles, que con sendos látigos en la mano, acuciaban a los desgraciados «coolies», azotando sus espaldas para arrancarles del pesado sueño y obligarles a moverse con premura.

El criado se levantó de un salto al ver avanzar hacia él a uno de los verdugos que, dispuesto a dejar caer el látigo sobre sus espaldas, sonreía ferozmente.

Regis, iracundo, antes de que el mogul pudiese flagelarlo con el terrible instrumento, se lanzó sobre él, y dejando caer su recio puño en el mentón del verdugo le envió de espaldas varios metros, dejándole medio desvanecido.

Su compañero, al ver cómo era agredido, corrió hacia Regis para castigar su audacia, pero ya el valiente criado se había hecho dueño del látigo del caído y esperaba la acometida.

Los dos látigos se cruzaron en el aire enroscándose uno con el otro, como dos furiosas serpientes, y Regis, más forzado, de un brutal tirón arrancó el suyo de manos del mogul, haciéndose con los dos.

Los deslió, y arrojándose sobre su agresor le cruzó las espaldas reciamente, obligándole a lanzar aullidos espantosos que pusieron en conmoción a toda la colonia.

Aunque acudió otro par de celadores, armados con sus terribles látigos, Regis no se arredró. Se colocó de junto a un verde bosque y manejando su improvisada arma con furia los mantuvo a raya sin que se decidiesen a acerca él.

Por fin, el llamado Huang, acudió al lugar de la refriega, y al darse cuenta de lo sucedido avanzó hacia Regis diciendo:

—¡Basta!... ¡Baja ese látigo!

—No quiero. Y al primero que se acerque a mí en son de guerra le arranco la piel a latigazos.

—¡Obedece, perro sarnoso, o te descerrajo un tiro ahora mismo!

Regis viendo brillar el arma en su mano bajó los látigos quedando a la expectativa. Antes que consentir que le aplicasen tan brutal tormento estaba decidido a defender su vida de la forma que mejor pudiese.

Huang, mirando a todos lados, gritó:

—¿Dónde está el otro prisionero? Alguien indicó al profesor no lejos de Regis, y Huang, con un gesto imperioso, ordenó:

—Seguidme.

Ambos se miraron intensamente, y luego siguieron al terrible jefe en medio de la expectación de más de un centenar de destrozados «coolies», que contemplaban al bravo inglés con admiración y respeto.

Huang les hizo seguirle a una especie de barracón adosado a unos enormes, peñascales, y cuando los tres estuvieron dentro exclamó:

—¿Quién sois y a qué habéis venido a nuestros dominios?

Regis se adelantó impetuoso, endamando:

—Quién somos es lo de menos. Tus dominios nos importan un bledo, pues te los regalamos con toda su brillante arena. Si estamos en ellos es porque el avión en el que viajábamos fue cogido por una tempestad de arena y cayó a tierra. Nos salvamos en paracaídas, como te habrán dicho, y maldito el interés que tenemos en permanecer aquí.

—¡Mientes! —rugió Huang—. Vosotros sois dos miserables espías que habéis venido a Gobi a vigilar nuestros yacimientos.

Regis miró sorprendido y repuso:

—¿Tus yacimientos? Tú estás mal del cabeza, querido. A nosotros nos importa un bledo lo que hay aquí. Éste es un profesor que viajaba hacia el Tíbet a explorar las montañas y yo le acompañaba en su viaje, que tan desastroso ha sido.

—Pero vosotros no sois chinos. Sois dos perros extranjeros disfrazados.

—Sí, somos extranjeros, pero eso de perros vamos a dejarlo, porque con esa cara no se puede mentar la cuerda en la casa del ahorcado. Si lo dudas, haz que nos pongan camino del Tíbet y verás cómo jamás vuelves a oír hablar de nosotros ni nos vuelves a ver la coleta.

Huang sonrió ferozmente y contestó:

—Eso ni lo soñéis. Los que entran aquí no salen más que para ir al Paraíso de Buda.

Regis, enojado, rugió:

—¡Y dale con el mismo tema! Esa papeleta ya nos la colocaron anoche y no me interesa. Os cedo vuestro Paraíso y me quedo con el mío.

—Bien, es inútil discutir. Ya averiguaré yo qué hacíais por aquí, y como compruebe mis sospechas vuestros minutos estarán contados. Si no es así, os quedaréis aquí a trabajar para siempre.

—¿A trabajar en qué? —preguntó Regis.

—Explotando las minas de jade. Todos estos que os acompañan son individuos que hemos capturado en nuestras correrías por el desierto, y los hemos traído aquí a trabajar en la explotación de la mina.

Regis, indignado, replicó:

—En la mina vas a trabajar tú que tienes buenas espaldas. Yo no.

—Tú y ese otro perro trabajaréis o pereceréis de hambre. Aquí no se da de comer a nadie que no lo gane, y como nadie puede pasar esa barrera sin mi permiso, vosotros veréis lo qué hacéis.

Regis quiso insistir, pero el mogol, mirándole fríamente, añadió con acento que no admitía réplica:

—Sólo te brindo un medio para que no te agotes arrancando bloques de jade. Eres valiente y feroz y me gustan los hombres de tu temple. Has vencido a dos de mis más brutales carceleros y eso te ensalza a mis ojos. Si aceptas ocupar su cargo te dedicaré a la vigilancia de los trabajadores y no tendrás que doblar la espalda.

Regis lo pensó un momento y repuso:

—¿En qué consiste mi misión?

—Ya te lo digo, en vigilar el trabajo y castigar sin piedad al que no rinda lo suficiente o se distraiga en su labor. Tienes la mano dura y eres bravo. Elige.

Regis, después de dudar un momento, pensó en que podía sacar algún partido al cargo, y replicó:

—¿Qué harás con mi compañero?

—Lo pondré a trabajar como a los otros.

—No —negó Regis—. Mi compañero es más bravo que yo, y sólo puedo aceptar si le ofreces el mismo cargo. Dos de tus verdugos han demostrado no servir para él. Nosotros les sustituiremos, pues somos más bravos que ellos.

—Ése no lo ha demostrado.

—No le obligue a hacerlo. Podría estrangularte aquí mismo antes de que tuvieras tiempo de dar un solo un grito.

Huang sonrió ferozmente, y mostrando su recia y poderosa musculatura afirmó:

—¿Tú crees que podrá mover un solo pelo de mi cabeza? ¡Lo trituraría como a un sapo!

El profesor, que había estudiado gimnasia intensamente y que estaba en posesión de la mayor parte de los secretos de la dolorosa y terrible escuela japonesa, se adelantó diciendo:

—¿Quieres probar y verás cómo antes de cinco minutos te dejo hecho un guiñapo?

El mogol, picado en su amor propio de bestia invencible, le fulminó con la mirada diciendo:

—Bien, pero escucha esto. Me has desafiado y no tendré compasión de tu miserable cuerpo. Te haré trizas los huesos y te dejaré tronchado para toda tu vida.

Regis se adelantó exclamando:

—Menos palabrería y más hechos. Cuando quieras.

El gigante se adelantó tratando de enlazarle con sus potentes y terribles brazos, pero Karus, escurriéndosele como una anguila, le echó una zancadilla, le tomó el brazo derecho con los suyos, recios y fibrosos, y formando una llave dolorosa y terrible, empezó a torcerle el brazo hacia atrás amenazando con tronchárselo.

El mogol lanzó un rugido de sorpresa e impotencia y quiso librarse de aquella llave terrible girando el cuerpo, pero sólo consiguió que el profesor le enlazase los dos brazos que crujieron terriblemente.

Huang, dándose cuenta de que con aquel enemigo sus fuerzas ciegas de bestia de nada servían rugió:

—¡Basta!

Karus soltó la presión y el mogol, con los ojos inyectados en sangre, hizo ademán de sacar su puñal, pero Regis se adelantó con el látigo en la mano, advirtiéndolo:

—¡Cuidado! Tú lo has querido y no puedes quejarte. Mi compañero sólo ha pretendido demostrarte que es fuerte como yo.

—Pero me ha humillado... Si lo supieran los demás...

—¿Por qué lo han de saber? Nadie lo ha visto. Piénsalo bien y elige. Podemos serte útiles de momento.

El mogol, sin poder dominar el rencor que rugía en su pecho, pensó que ya tendría tiempo y ocasión de vengar la afrenta y dijo:

—Bien. Os nombro vigilantes de trabajo. Venir conmigo.

Regis, sonrió muy divertido y entregando unos de los látigos al profesor, advirtió en inglés y quedamente:

—¡Cuidado! Ese tipo no lo perdonará nunca lo que ha hecho con él.

—Lo leo en sus ojos, pero que no se exponga a que le vuelva a tomar por mi cuenta, porque le doblaré la cabeza sobre los talones.

Cuando salieron fuera, el espectáculo que se desarrolló a sus ojos les asombró. Varios centenares de desgraciados «coolies» se dedicaban afanosamente a la tarea de explotar los yacimientos de jade, vigilados por varios feroces mogoles, armados de siniestros látigos.

Los trabajadores más recios picaban con ahínco sobre la roca, abriendo pequeños pozos en fuerza de desarrollar sus pobres músculos con los picos. Cuando los pozos estaban perforados, otros «coolies», cargados con grandes espuelas de carbón mineral, llenaban los pozos de cartón que prendían fuego alimentando las hogueras a un rojo de infierno.

Regis y el profesor descubrieron, gran cantidad de éstas, que despedían un calor tórrido. Los mantenedores sudaban como diablos, cuidando que el combustible mantuviese las máximas calorías, y cuando se consideraba que el pozo se había abrasado interiormente, otros chinos, armados de cubos de agua fría, se acercaban a los pozos y vaciaban el agua sobre el carbón.

La reacción que se producía era terrible. El pozo saltaba agrietado por el contraste del calor con la frialdad, al tiempo que una atmósfera pestilente, cargada de ácido carbónico, se elevaba en

torno a los pozos, obligando a toser horriblemente a los desgraciados que los atendían, cuando no caía alguno, víctima de las emanaciones.

Si esto sucedía le tomaban entre dos vigilantes, y le sumergían en agua fría, tirándolos lejos del lugar de acción, hasta que volvía en sí y le aplicaban de nuevo a la mortal tarea.

Una vez que los pozos habían reventado —a veces alcanzando a sus servidores y produciéndoles terribles heridas—, se separaban los fragmentos, eligiendo aquellos que no presentaban grietas. Éstos se almacenaban lejos de los pozos para transportarlos después a los mercados, donde se trabajaba el jade, para convertirlo en ídolos y objetos de arte.

Regis se sintió indignado al descubrir cómo famélicos chinos se veían obligados a cargar con pesados bloques, superiores a sus heroicas fuerzas, y cómo los vigilantes, de modo despiadado, manejaban los látigos para obligarles a rendir un trabajo del que no eran capaces.

—He ahí vuestra misión —arguyo Huang—. Esos perros vagos no rinden lo que se comen y hay que vigilarlos y castigarles con mano dura de lo que rindan depende vuestra permanencia en el cargo.

Regis estuvo a punto de tirar el látigo y decir que él no había nacido para verdugo, aunque odiaba a los chinos por lo mucho que le habían hecho sufrir, pero dándose cuenta de las ventajas que para ellos podían prestarles aquellos cargos y aquella libertad de movimientos, dijo:

—Bien, aceptamos. ¿Qué más hay que hacer?

—Nada más. Si os portáis bien tendréis mejor alimentación que esos perros, y si flaqueáis en vuestra misión os quitaré los látigos y os pondré a picar pozos. —¿Y si todo lo atendemos y cuidamos a tu satisfacción? —preguntó Regis—, ¿cómo y cuándo nos devolverás la libertad?

—No penséis en tal cosa; ya os dije que el que aquí entra no se va hasta el fin de sus días y ello sólo para reunirse con Buda.

—¡Ya estamos otra vez con el mismo cuento! Es decir, que quieres que trabajemos como condenados extranjeros y que, luego, cuando estemos muertos, nuestro espíritu vaya al Paraíso, que sólo está reservado a los hijos de Confucio. ¿Cómo se entiende eso de

trabajar como extranjeros morir como chinos?

—Cuando menos os compliquéis la existencia, mejor... Debéis saber que aquí el único amo soy yo, el gran Huang, un elegido por nuestros dioses para llevar a cabo la explotación de estas minas de jade. De vuestro comportamiento depende que os trate con más o menos consideración y que vuestro privilegio de guardianes no es sea arrebatado.

—¡Magnífico privilegio! —no pudo por menos de musitar Karus sonriendo levemente.

El vesánico mogol continuó:

—Debíais estar orgullosos de estar al servicio del gran Huang, del...

—¡Del gran sapo orejudo! rezongo Regis con acritud manifiesta, tanta que interrumpió al mogol.

¿Decíais algo de mí, perro sarnoso? —preguntó con mefistofélica sonrisa.

—¡No sí..., no, no! Es que hablaba consigo mismo. ¡Sí, claro, estamos satisfechos de hallarnos a tu servicio! —bisbiseó el valiente criado, visiblemente azorado.

—Bien, me alegro que así sea; pero no intentes ninguna traición, pues os costaría cara...

Luego llamando a varios de sus verdugos ordenó:

—¡Traer a Chang y a Shun!

Los dos feroces carceleros, a quienes Regis venciera, fueron arrastrados ante el jefe.

—Miserables! —rugió éste—. Os habéis, dejado vencer por un solo hombre a pesar de estar armados y él no y esto tiene un castigo. Pasaréis a enfriar los pozos bajo la vigilancia de quien supo vencerlos.

Los dos miserables, de rodillas, suplicaron piedad, pero Huang, sin hacerles caso, ordenó:

—A vuestro cargo los dejo. A ver cómo les obligáis a rendir el máximo esfuerzo.

Regis no se hizo esperar la orden. Levantó el látigo, y dejándole caer sobre las espaldas de los dos verdugos con furia inaudita, obligándoles a saltar, rugiendo como endemoniado, gritó:

—¡A trabajar, hijos de tiburón!

Capítulo quinto

UNA FUGA DRAMÁTICA

La relativa libertad que aquel cargo ofrecía a los dos aventureros, supieron estos aprovecharla ventajosamente para estudiar la situación de la mina, aunque sólo les sirvió para convencerse de que fugarse de ella escalonando los accidentes naturales que la rodeaban era esfuerzo de titanes.

—Estamos metidos en una verdadera ratonera —aseguró el profesor cuando se convenció de que no había más salida que la estrecha abertura por donde penetraron, lugar eternamente custodiado por fieles de Huang.

—Y sin embargo, tenemos que salir de aquí —aseguró Regis—, yo no me pudro en este infierno verde, donde voy a perder el estómago comiendo esta miserable bazofia que nos dan, y contemplando estos cuadros repugnantes y salvajes.

—¡Paciencia! —murmuraba el profesor—. Dentro de lo malo no podemos quejarnos. Nuestra osadía nos ha librado de tener que trabajar como esos desgraciados y estamos relativamente bien.

Pero yo no puedo con esto —aseguraba el fiel criado—, mucho odio a los chinos, y cuando me hacen cara siento un placer sádico en eliminarlos como si fueran ratas apestosas, pero tener que cruzarle la espalda a latigazos fríamente porque no pueden dar más de sí en el trabajo, me repugna. De buena gana volvería el látigo contra este asqueroso mogol.

—Líbrate bien de hacerlo, pues nos mira con prevención. No está seguro de que nos hemos resignado a permanecer aquí y teme por su vida.

—Pues, como pueda, le voy a dar gusto en sus temores. Yo no me marchó de aquí sin meterle en un pozo hirviente.

Regis, para no mostrarse sospechoso a los ojos de Huang, agitaba mucho el látigo, daba voces horribles a los trabajadores, y

hasta dejaba caer el arma sobre sus costillas alguna vez, pero los infelices habían observado ya, que sus golpes eran relativamente suaves y que solamente los administraba cuando eran vigilados por el feroz mogol.

En cambio, sus voces atronaban la mina y esto parecía aumentar su ferocidad fingida.

De vez en vez, algún nuevo desgraciado llegaba a engrosar la masa de explotadores de jade. Debían salir a los arenales a cazar, descarriados, para llevarlos a la mina, donde nadie era capaz de ir a trabajar por su gusto y menos en aquellas condiciones.

También morían algunos. Agotados, desesperados, faltos de alimento y desgastados por un trabajo brutal, caían moribundos al pie de los pozos y no había compasión para ellos. El terrible jefe, cuando se convencía de que estaban agotados, los remataba fríamente y los hacía arrojar a un profundo barranco algo alejado de la explotación, donde inmundos pajarracos carniceros, volando perpetuamente en torno a la sima, daban fin de sus restos.

Ceng, el mogol que les hiciera prisioneros, solía salir de la mina con media docena de individuos tan patibularios como él, y al día siguiente, o dos días después, regresaba siempre con algún nuevo prisionero capturado, sólo él sabía dónde.

Entonces, Huang le abonaba cinco tael, por preso, y uno a cada acompañante suyo.

Un día, Ceng, regresó muy furioso, arrastrando a un diminuto chino, un muchachito de unos quince años, menudo y espigado, de facciones simpáticas y ojos vivos y penetrantes.

Por las voces que el mogol daba, Regis y el profesor se enteraron que habían sorprendido al chinito y a su padre en el desierto, y que al pretender apresarles el padre les había hecho frente, matando a dos de sus hombres e hiriendo a otro. En la lucha, el chico había caído con el pecho destrozado y sólo habían podido capturar el pequeño.

Huang se enfadó mucho y hasta no sólo negó el pago de la captura, sino que amenazó a Ceng con relegarlo a las minas si volvía a dejarse producir bajas tan estúpidamente, y entre ambos mogoles hubo una discusión muy tirante, que no pasó a mayores porque Huang tenía a su lado algunos de sus secuaces que le vigilaban.

El chino fue destinado a avivar el carbón en los pozos y a Regis le fue el amarillo, pues le parecía ágil, listo y perspicaz.

El muchacho, acabo de captarse sus simpatías, cuando una noche, terminado el trabajo, le sorprendió junto a unas peñas de rodillas, y con las manos en actitud de orar.

Regis se acercó a él, y calmando el miedo que el chinito demostrara al verse sorprendido, le dijo:

—No te asustes que no voy a hacerte nada. ¿Cómo te llamas?

—Kao.

—¿Eres cristiano?

El muchacho, después de vacilar un momento, repuso:

—Sí. Mi padre se convirtió al catolicismo y mi madre y yo también.

—¿Dónde está tu madre?

—En una aldea, cerca de Kueihua.

—¿Muy lejos de aquí?

—Bastante, más allá de dos soles.

—¿Qué hacíais en el desierto cuando os sorprendieron?

—Fuimos a una aldea vecina a llevar arroz y maíz. La aldea había sido saqueada por unos bandidos y tuvimos que huir de ellos. Nos perdimos y nos sorprendieron. Mi padre se defendió y fue muerto, a mí me cogieron.

Regis, un poco emocionado por la triste historia del chinito, preguntó:

—¿Volverías con gusto a tu aldea?

El muchacho se arrastró de rodillas suplicando:

—¡Oh, sí; Kao daría su vida por salir de aquí y ver a su madre!... Si eres grande y puedes, sácame de aquí.

Regis le contempló con atención y dijo:

—Pareces listo y ágil y quizá me sirvas para poner en práctica mis proyectos. Te prometo sacarte de aquí si me ayudas en lo que te pida.

—Oh, manda y serás obedecido, Kao no es fuerte, pero es veloz como el cuervo, ágil como la lagartija y silencioso como la noche.

—Perfectamente, trabaja y no me hables. Yo te avisará cuando necesite de ti. Ahora, duerme, Kao.

Cuando se separó del chino, dio cuenta a Karus de su conversación y el profesor preguntó intrigado.

—¿Qué crees que pueda hacer ese chiquillo que no hagamos nosotros?

—Mucho. Él puede meterse donde nosotros no lo haríamos; espiar, oír lo que nuestro oído no es capaz, y deslizarse por sitios donde sólo su cuerpo y su agilidad pueden hacerlo. Creo que en caso preciso nos puede útil.

—Te veo reconciliándole con los hijos de Confucio y Buda —afirmó sonriendo el profesor.

—¡Eso no, maldita sea mi suerte! —Rugió Regis—. Los detesto, pero ese muchacho no se parece a los demás chinos y además es católico.

—Eso ya es un tanto, le protegeremos.

Varios días después, Regis observó un movimiento inusitado en la mina. Huang había dado orden de amontonar los más preciados trozos de jade cerca de la salida de aquella ratonera y Regis adivinó que alguien se disponía a llevarse el mineral extraído.

—Alguna caravana va a salir —dijo—. Si pudiéramos mezclarnos con ella...

—No lo sueñes, Regis —afirmó el profesor—. Ya vigilarán bien los que salen.

—Sería una ocasión magnífica. Se irán en camello y a bordo de un animalito así podríamos fugarnos más fácilmente.

—No lo discuto, pero...

—Déjeme hacer. Voy a ver si Kao averigua algo.

Aquella noche, cuando Huang y Ceng se encerraron en la choza del primero, sin duda para discutir la salida de la caravana, Regis buscó a Kao y le dijo:

—Vamos a ver, pequeño sapo, ¿serás capaz de deslizarte hasta la choza de ese verdugo y escuchar lo que hablan?

—Lo intentaré, honorable señor —dijo el chino—. Kao hará lo que pueda.

—Pues ve, pero procura que no te descubran. Nos perderías a todos y no podrías llevarte ya nunca a ver a tu madre.

—Descuida. Kao sabrá hacer y si lo descubren, morirá sin que sepan que le mandó el honorable señor.

A Regis le envanecía mucho que le llamara honorable señor. Aquello le daba una categoría de la que se mostraba orgulloso.

Kao se deslizó como una sombra pegado a los peñascales de jade

y se perdió en las tinieblas, sin que el propio Regis fuera capaz de descubrir su delgado cuerpo.

—Es un verdadero diablo —murmuró—. Creo que nos será muy útil.

Tumbado junto a una peña cerca del profesor, esperó más de una hora corroído por la impaciencia. Temía a cada momento oír los gritos del terrible mogol y verle arrastrar como a un sapo el espigado cuerpo de Kao. Por fin, cuando menos lo esperaba, surgió a sus ojos la silueta del chino.

—Ya estoy aquí, honorable señor.

—Déjate de títulos y habla. ¿Qué averiguaste?

—Ceng se dispone a salir mañana por la noche con veinte camellos cargados de jade y diez de escolta. Van a Kalgán a venderlo.

—¿No averiguaste más?

—Sí, los camellos están al otro lado de los vigilantes, en una empalizada especial que han construido para tenerlos alejados de los hombres de la mina.

—¡Qué lástima! —murmuró Regis—. Si pudiéramos hacemos con un par de camellos...

—Hay dos vigilantes en la entrada armados de fusil.

—¡Si pudiéramos sorprenderlos y eliminarlos!

—No es fácil, honorable señor. Os verían antes de acercaros a ellos.

—Ya lo he observado. Todo lo tienen muy bien dispuesto.

El chino, después de un momento de duda, dijo:

—Kao cree poder hacerlo.

—¿Tú? —preguntó Regis, tomándole por un brazo y sacudiéndole con fuerza—. Hazlo y mañana estarás en tu aldea.

—No aseguro nada, pero puedo intentar —afirmó el chino—; depende de lo que los vigilantes quieran hacer conmigo cuando me descubran.

—¿Cuál es tu idea?

—Huang y Ceng están borrachos en la cabaña. Han bebido una botella de *whisky* cada uno y les he dejado que casi no se podían mover.

—¿Eh? ¿Qué dices? ¿*Whisky*?

—Sí; Huang tiene varias botellas aún. Escalé la cabaña

deslizándome por los peñascales y desde una juntura del techo los he visto.

—Bien; pero, a pesar de eso, ¿qué pretendes hacer?

—Robarles un par de botellas y hacer que se las beban los vigilantes.

—Claro y si vas a ofrecérselas, sospecharán y te cortarán la coleta y la cabeza.

—¡Oh, Kao no es tonto! Yo no ofrecer nada. Hacer que me vean con ellas y me las quiten. Entonces beberían y no sospechar nada de Kao.

Regis ponderó la proposición y con los ojos chispeantes de gozo, afirmó:

—Pequeño, si logras eso, lo demás corre de nuestra cuenta.

—Kao intentará.

El muchacho, decidido, se disponía a volver a la choza, pero Regis le detuvo por un brazo:

—Escucha, Kao, si logras entrar, procura, además de las botellas, ver si tiene algún arma. Nos serían muy útiles ellas por si nos persigue.

—Huang y Ceng tienen revólveres. Los llevan en la cintura.

—Eso es peligroso.

—No sé; deja a Kao hacer.

—Bien; si logras quitárselos, escóndelos antes de presentarte con las botellas a los guardianes. Pueden arrebatártelas.

—Kao hará...

—¿Y los vigilantes de la tienda? —preguntó Regis, asustado al recordar que dos mogoles guardaban a Huang.

—Duermen. Los he visto. Saben a Huang borracho.

—Bien, anda, hijo mío y que el cielo te proteja. Si salimos con bien por tu ayuda, soy capaz de reconciliarme con Buda... hasta que vuelva a enfrentarme con el maldito Wang-Chengg y su secta.

Kao se deslizó de nuevo por los peñascales y desapareció de la vista de Regis y el profesor, que quedaron con los nervios trementes y el corazón latiéndoles con inusitada violencia.

El pequeño chino patentizando la felinidad de su raza, se arrastró por la tierra bañada en sombras, basta la puerta de la choza. Ahora no trataba de atisbar a través de las junturas, sino de entrar dentro de ella.

Cuando dio vista a los dos guardias de corps del mogol, quedó inmóvil unos minutos, con sus ojillos agudos clavados en ellos y cuando se convenció por su inmovilidad de que dormían, continuó arrastrándose hasta la puerta de la choza.

Con infinitas precauciones empujó la tosca puerta introduciendo la cabeza por la abertura. Dentro, reinaba un gran silencio y a la mortecina luz de un farol aceitado, descubrió las innobles siluetas de los dos mogoles derrengados sobre sus toscos bancos de madera y con el cuerpo inclinado sobre la mesa.

Como sombra se deslizó hasta una gruesa alacena clavada en la pared y se adueñó de dos botellas de la fuerte bebida. Aún quedaban algunas más, pero no quiso tomar más que las ordenadas.

Luego, se acercó con sigilo a los cuerpos de los caídos y con infinitas precauciones extrajo los revólveres de sus pintorescos cintos. Los beodos no hicieron el más leve movimiento y el chino, animado, rebuscó por la choza.

Debajo de unas pieles, encontró otros dos revólveres (los de Regis y el profesor) y un paquete de municiones. Con todo cargado, volvió deslizarse fuera y depositando su presa entre unas piedras, avanzó cautelosamente con las botellas de *whisky* hasta situarse a una prudente distancia de los vigilantes a prudente distancia.

Sentado junto a un peñascal, fingió forcejear abrir una de las botellas y como no se mostrara cauto al parecer, el ruido que produjo con el vidrio llamó la atención de los vigilantes.

Uno de ellos, deslizándose furtivamente por detrás del muchacho, avanza con su terrible yatagán pronto a dejarlo caer sobre la cabeza del chino, pero éste, que parecía tener ojos en la espalda, esperó al crítico momento y dando un salto fantástico, huyó, dejando abandonadas las botellas, una de las cuales pretendía descorchar.

El guardián, sorprendido, iba a dar la voz de alarma, pero al descubrir el *whisky* se arrojó sobre él con los ojos chispeantes, murmurando:

—¡Maldito diablo! ¿De dónde habrá sacado esto? Ya le buscaré mañana y le haré cantar. Ha debido robárselas a Huang.

Tomó las botellas y se reunió con su compañero, dándole cuenta del descubrimiento. Ambos, encandilados ante la bebida, decidieron tomárselas y arrojar luego los cascos a un pozo. Si Huang echaba de

menos las botellas, que averiguase quién las había robado.

Con avidez, dieron fin al contenido y una hora más tarde, dormían con una pesadez terrible.

Kao, que vigilaba paciente desde lo alto de un peñascal, les vio caer vencidos por el alcohol y volviendo al lugar donde Karus y Regis esperaban con el alma en un hilo, dijo alegremente:

—Todo bien, honorables señores. Los guardianes borrachos duermen. Armas escondidas entre peñas.

Regis, loco de alegría, abrazó al muchacho y tomándole del brazo, dijo:

—Vamos, Kao. Te has ganado la libertad y algo más. Si logramos tomar los camellos, estos sapos verdosos van a tener tiempo de rabiarse un poco.

Los tres se deslizaron al amparo de las sombras hasta la salida de la mina y Regis lo comprobó, antes de aventurarse fuera de ella que los guardianes no constituían peligro alguno durante el rato que ellos debían actuar.

Previsoriamente, les despojó de sus peligrosas armas, que podían serles muy útiles también en caso de peligro y haciendo señas a sus compañeros para que le siguiesen, se internaron por el estrecho tubo que formaba el corte montañoso, avanzando con precaución por si surgía algún contratiempo inesperado.

Ya fuera, buscaron el refugio de los camellos. La noche estaba muy avanzada y cuando amaneciera, sería descubierta su fuga y lanzarían en su persecución a una legión de demonios dispuestos a darles caza y a destrozarles por traidores.

Regis, aprovechando la escasa luz que prestaba un cuarto menguante de luna, registró los alrededores, buscando afanoso los camellos, hasta descubrir su refugio construido a un lado de uno de los macizos montañosos, aprovechando una hondonada que se abría en la pared rocosa. Una cerca construida con troncos de árbol guardaba a los útiles y pacientes rumiantes, que debían estar entregados al sueño.

Regis abrió con facilidad la cerca, levantando la tranca que encajaba entre las dos puertas y penetró decididamente, pero apenas se internó varios pasos, lanzó un rugido y saltó hacia atrás como una pelota de goma, al tiempo que una sombra se incorporaba y un mogol atlético, de porte feroz se lanzaba sobre él

violentamente, haciendo relucir un afilado alfanje.

Era el guardián de los camellos que dormía atravesado ante la puerta y al Regis había puesto los pies encima, provocando su alarma.

El bravo criado, que no iba prevenido contra aquella inopinada agresión, no tuvo tiempo de sacar el cuchillo y creyó morir de un feroz tajo, pues su enemigo se había lanzado sobre él con celeridad pasmosa.

Pero, de repente, surgió el pequeño Kao, el cual, rápido como una centella, tomó un regular pedrusco y lo lanzó con rara puntería sobre la cabeza del mogol.



Éste, al recibir el impacto emitió un rugido de dolor y dejó caer el arma para desplomarse instantes después a los pies del sorprendido Regis.

El criado dándose cuenta providencial intervención de Kao le abrazó conmovido, diciendo:

—Gracias pequeño, también las hormigas pueden hacer favores

a los gigantes. Lo tendré en cuenta si puedo alguna vez.

Rápidamente, se dirigieron hacia los camellos, que habían despertado sobresaltados y eligieron tres, pero fue inútil que Regis pretendiese hacerles levantar, pues no le obedecían, testarudamente.

Kao se acercó a ellos y después de decirles en chino algunas frases, obtuvo más éxito que el bravo criado.

—Monten —dijo Kao—. No podemos perder tiempo.

El profesor y Regis montaron dos camellos que esperaban con las patas dobladas y cuando se levantaron, el chino dijo:

—Convendría sacar a todos y empujarlos para que se pierdan por el arrenal. Cuanto más tarden en encontrarlos más tardaran en buscarnos.

—Hablas como el Koran, querido —afirmó Karus—. Creo que podría hacer de ti un hombre de provecho.

El chino les hizo salir por delante y después de montar en otro camello, se dedicó a obligar a la manada a salir por delante de él.

Cuando lo consiguió, se reunió a sus compañeros y entre los tres, empujaron a la manada hacia el arrenal para que se diseminase.

Cuando se encontraron bastante distanciados de la mina, les abandonaron. Algunos siguieron fielmente sus huellas, pero otros, caminaron a su albedrío desparramándose por el desierto.

—¡Qué sorpresa va a llevar el amigo Huang cuando descubra nuestra fuga! Quisiera ver la cara que pone.

—No cantes victoria, Regis, por si el destino hace que se la veas y con desventaja. Confórmate con dejarle atrás y no volver a saber nada de él.

El chino, orientándose por la luna, guiaba la pequeña caravana y así caminaron algunas millas, hasta que el sol, un sol amarillo y pálido, empezó a lucir.

—¿Sabrás conducirnos hasta tu aldea, Kao? —preguntó el profesor.

—Sí, creo, honorable señor. Más adelante lo sabré.

—Si no puedes —afirmó Regis— ya llegaremos adonde nos orienten para encaminarnos a ella. Te hemos ofrecido llevarte con tu madre y por nosotros no quedará. ¿Entiendes?

Sí, honorable señor; y aunque no lo podáis llevar a cabo, no por eso será menos el agradecimiento de Kao, vuestro humilde servidor.

Desmontaron unos instantes para lomar un ligero descanso, que buena falta les hacía. Luego, cuando iban reemprender de nuevo la marcha, Kao que no había dejado un momento de mirar por todas partes con agudos ojos, murmuró al cabo, con verdadero desespero:

—Ruego me perdonen a su humilde servidor, pero no tener yo ninguna idea del lugar donde nos hallamos.

—¿No conoces estos parajes, Kao? —interrogó Cariñosamente el profesor al buen chinito.

—No, señor; no conozco estos sitios, pero si he de obedecer el impulso que dicta mi corazón, yo os aconsejo ir hacia allá...

Y con su diminuta y amarilla mano señalaba a la lejanía del dilatado desierto.

—¡Púes nada —exclamó Regis— a montar todos y en marcha! Hay que llegar pronto a casa tu madre y esto nadie debe impedirlo...

Pero al volver el rostro hacia atrás, lanzó un rugido de ira, añadiendo:

—¡Creo que he hablado demasiado deprisa! ¡Cuidado, que nos persiguen!

Y con la mano, señalaba algunos bultos que, entre oleadas de polvo, avanzaban a su espalda a larga distancia.

Los tres aventureros, llenos de inquietud, azuzaron a sus camellos y emprendieron una rápida huida, preguntándose qué final tendría aquella aventura dramática, de la que se creían haber salido y en la que aún continuaban metidos peligrosamente y de la cual sólo negros nubarrones se cernían sobre las cabezas de nuestros amigos...

Empezó un furioso galopar por parte de los perseguidos, pues no en vano estaban seguros de que la velocidad con que pudieran alejarse, si ello llegaba a realizarse, dependía en gran parte su salvación.

Regis, que era el que más parecía prever las trágicas consecuencias que para todos tendría si volvían a ser capturados, no cesaba de estimular a sus compañeros para que, a su vez, estimularan sus cabalgaduras a acelerar la marcha.



FIN